

TRES RELATOS DE ENCIERRO

Dr. Rubén Quinteros

I

Y de pronto la lluvia. Me levanto a tientas a mirar por la ventana y sonrío. Los relámpagos y truenos hacen temblar los cristales de toda la casa. Miro la calle, casi vacía, donde algunos desprevenidos tratan de evitar mojarse y dan saltitos para sortear los charcos o se deslizan casi pegados a las paredes, tratando de no ser bañados por el agua que se cuele desde los techos. La lluvia siempre fue mágica. Recuerdo la que ensalzaba los colores del campo allá en la provincia, la que marcaba un atlas en la tierra del patio con montañas y ríos furiosos y cascadas por donde se aventuraban los barcos de papel, plegados de urgencia en la mesa vestida de aroma a pan casero, mermelada de naranja y perfume a café. Es la lluvia ligada a la aventura y la melancolía de la adolescencia, la del dramatismo de una ruptura, la de la alegría infinita que se experimenta cuando somos tocados por el amor, la ominosa lluvia que nos evoca ceremonias inútiles por los que partieron, al mismo tiempo que los rescata del olvido y la memoria y nos recuerda que fuimos amados y cuánto amamos. Los días pasan y habrá que apelar a la paciencia, parecen lustros y son apenas un par de días. Espero pronto retomar lo ordinario, pero hoy amaneció lloviendo. ¡Qué maravilla! Hoy me dedicaré el día.

II

Por la ventana el sol se cuele a raudales. ¡Me asombro! Si hasta ayer nomás la lluvia, el viento frío que endurece el rostro, el cielo gris que abruma. El gato juega con mis pies que asoman entre las mantas, me mira, le sonrío y presuroso se refugia en mis brazos demandando cariño. Sobre la calle el silencio del domingo. Me levanto, abro la ventana y respiro hondo tratando de embriagarme con la brisa matinal del otoño. Cierro los ojos y me invade una forma muy íntima de la felicidad: no hay palabras capaces de traducir lo que siento. Me acuerdo de unos versos de Whitman, el viejo, “*Nunca ha habido otro comienzo que éste de ahora, ni más juventud que ésta, ni más vejez que ésta; y nunca habrá más perfección que la que tenemos. Ni más cielo ni más infierno que éste de ahora.*” Veo en el espejo mi rostro surcado por la vida; los ojos oscuros que atraparon instantes de dolor y alegría; la boca que sabe lo salobre del llanto, la miel del amor y de la desilusión, lo amargo, que sabe de risas, palabras dulces, de gritos ahogados y de silencios. Vivir es un misterio donde la única certeza es el presente teñido –irremediablemente– por lo pretérito, arrasado por lo que va a venir... por un puñado de sueños. Mientras haya hoy hay esperanza: hay tiempo de pronunciar las palabras que aún no dije, del abrazo postergado, del olvidado beso. De deshacerme del lastre que –a veces– me ancla en mares de dudas, de calzarme las alas y animarme al vuelo; de aceptar perdones y decir “lo siento”. De llorar las ausencias, celebrar la vida de los que llegan y obsequiarles la historia de mis queridos muertos tratando de salvarlos del olvido para que no mueran de nuevo. De dejarme amar y animarme a amar sin miedo. La vida siempre fue generosa –pienso– nada me falta, ni lo malo ni lo bueno.

III

Último domingo de verano. Una suerte de misterioso pacto entre los días soleados y las noches frías. Pasado el mediodía aquí saboreando un café y después de leer diarios, la música en un volumen apenas audible, tratando de endulzar su sueño sin perturbarlo; agradecido por compartir abrazos, algo tan necesario, tan vital y placentero en este prólogo del otoño.

Sentado junto a la ventana miro la calle y los edificios viejos de enfrente con ventanas abiertas, bañados por el sol, con alféizares que rebozan de flores que saben serán las últimas, hasta la primavera.

No puedo vencer la tentación de conservar un espacio propio de silencio, soledad, de diálogo conmigo y—aunque me cuesta— apelo a renunciar a la tibieza de su cuerpo, la suavidad de su geografía que descifro con los días, al dulce aroma del bálsamo que lo envuelve, que me embriaga, me toma y a veces me asusta. Parafraseando a Duras, la soledad no es algo que se encuentra, se busca.

Además soy hombre de madrugar, no para tratar de alargar el día sino porque es en las mañanas donde ahora más disfruto del no hacer nada; atrás quedaron las noches largas, los desvelos, los pecados de juventud que luzco con orgullo, sin arrepentimiento y que atesoro como dulces recuerdos. Que los años nos transmutan es un hecho innegable y necesario, pero lo esencial permanece como algo agradable o a veces como lo que nos limita y encierra: es en soledad donde puedo reflexionar sobre esto.

La intimidad admite diferentes formas, atesoro esta que es mía y que celosamente guardo. No hay secreto cuando la

imposibilidad de compartir es un hecho que excede a todo lo que sea capaz de decir y al otro de entender.

Me sorprende su voz diciendo mi nombre, me levanto lento y sonriendo me asomo a la puerta, tomo su mano que busca la mía y me dejo arrastrar a su lado. Miro sus ojos somnolientos y me burlo de sus revueltos cabellos; me sonrío y pregunta:

—¿En qué pensabas junto a la ventana?

—En nada... ¡Bah! No es cierto, pensaba en la mágica ilusión de tenerlo todo.